

## Verne-Hetzel: una fecunda relación dialéctica

Cuando Jules Verne entra en la oficina de Pierre-Jules Hetzel con el manuscrito de *Un voyage en l'air* tiene 34 años y está realizando su décimo quinto intento de publicar una obra cuya temática ya había abordado once años antes en la revista "*Le musée des familles*". Nunca ha viajado en globo y no lo hará hasta 1872, en el cielo de Amiens, durante 24 minutos mágicos. Ha sido su amigo el fotógrafo Nadar (Félix Tournachon) quien le ha transmitido su pasión aeronáutica con vivas expresiones de entusiasmo y Verne ha imaginado un viaje sobre África, una aventura inédita y vibrante.

Hetzel acepta editar el libro, pero... comienzan las correcciones. El editor sabe muy bien qué quiere vender y a quién. Valora de inmediato el talento narrativo de Verne, pero quiere separar lo que él juzga oro de lo que considera ganga. Verne acepta realizar todos los cambios que Hetzel reclama y en 1863 se edita *Cinco semanas en globo*, que constituye el primer éxito literario de quien lleva catorce años flirteando con el teatro con resultados nada alentadores (las representaciones de *Les pailles rompues*, por ejemplo, le reportaron un beneficio de 15 francos).

Verne ve por primera vez el cielo abierto, la perspectiva de la seguridad que significan unos ingresos regulares para mantener a una familia de cinco miembros sin renunciar a la profesión que ama. Suscribe, sin pensarlo dos veces, un contrato que le exige la redacción de tres novelas al año y se pone manos a la obra. Pero no parece haber comprendido nada, o bien trata voluntaristamente de interpretar el contrato con Hetzel como una licencia para hacer libremente su obra. Su segunda entrega al editor, *París en el siglo XX*, provoca la ira de éste, que le envía una carta plena de reproches y crítica destructiva, en la que le asegura que no va a publicar tal engendro, que, efectivamente, permanecerá inédito hasta pasadas siete décadas de la muerte de su autor. Si el bueno de Jules iba camino de ser el primer auténtico escritor de ciencia-ficción de la historia el trayecto concluye abruptamente apenas iniciado.

¿Pero quién era ese Pierre-Jules Hetzel que frustra y humilla al escritor con tanta autoridad y por qué éste permanece siempre fiel a su edi-

torial, incluso cuando pasa a manos de su hijo? Ciertamente no era un mero mercachifle y parece evidente que su personalidad impresionó al escritor de Nantes. No es sorprendente. Verne no estaba simplemente agradecido a Hetzel por reconocerle y pagarle como el escritor profesional que siempre había querido ser, sino que reconoció en él a un maestro, alguien digno de respeto.

Cuando se produce el encuentro fatal, Hetzel tiene 46 años, doce más que Verne, y, entre otras cosas, ha editado en sociedad *La comedia humana* de Balzac, ese monumento literario. Ha formado parte del Gobierno de la República y se ha tenido que exiliar. Desde Bélgica, donde también se ha refugiado Víctor Hugo, publica las diatribas de éste contra Napoleón III y él mismo escribe bajo el seudónimo de P. J. Sthal. Regresado a Francia tras una amnistía, acaricia un proyecto editorial ambicioso que tiene a las familias, y en especial a sus hijos, como destinatarios. Intuye que Verne puede ser la pieza clave en esa empresa, pero no tarda en descubrir que, para ello, debe *amarrarle en corto*.

La dialéctica Verne-Hetzel acaba de nacer. Durante los 23 años que median entre el encuentro y la muerte del editor el forcejeo entre ambos es permanente y la censura del editor no infrecuente. En alguna medida parece como si Hetzel quisiera erigirse en coautor. Sus objeciones o indicaciones no obvían ningún factor de la creación literaria. “Nada de suicidios”, le prohíbe al escritor cuando éste se dispone a suicidar al capitán Hatteras lanzándolo a un volcán. Y es una objeción razonable. El suicidio no es una opción para un personaje destinado al público más joven.

En otros casos las objeciones o indicaciones tratan de alterar el hilo argumental para insertar elementos que él supone que lo harán más atractivo o verosímil. A eso Verne se niega generalmente. El editor quiere que Miguel Strogoff tenga a un pilluelo como lazarillo cuando queda ciego. El escritor dice no. Hetzel pretende que el misterioso Nemo tenga como móvil de sus ataques, nunca justificados, a ciertos barcos su lucha contra el esclavismo. Verne se niega.

La negociación se convierte en una rutina. Respecto a *Un capitán de quince años*, Verne escribe a Hetzel: “He hecho todo lo que usted me pedía, salvo Dick Sand armado con una pistola”. En otra carta del editor al autor respecto a la misma novela éste le dice, sin ningún escrúpulo: “He rehecho todo el diálogo de la prisión entre Dick y Negoro”. Tales licencias son justificadas mediante críticas previas acerca del ritmo del relato, el supuesto decaimiento del interés del lector, la verosimilitud y otros argumentos más o menos propios de un editor de criterio.

La anónima y más supuesta que real coautoría también le sirve a Hetzel como coartada para regatear a Verne sus ingresos. Cuando el editor decide editar la producción verniana en cuidadas ediciones ilustradas le niega al padre de la criatura prácticamente todo derecho argumentando los supuestos grandes gastos que ello conlleva. Verne le escribe, cargado de razón: "Sé que sus gastos son considerables en una edición ilustrada, pero también deben ser esas ediciones las que le rentan más". Inútil objeción. Pierre-Jules Hetzel se queda con la parte del león de la producción verniana en una edición de gran difusión pública.

Afortunadamente para Verne, las adaptaciones teatrales de muchas de sus obras, en las que su editor no tiene arte ni parte, constituyen un éxito comercial extraordinario y el autor se resarce por esa vía no sólo de la explotación a la que Hetzel le somete sino también del desencuentro con el que fue su primer y nunca desmentido amor literario: el teatro.

Hay quien asegura que el magisterio de Pierre-Jules Hetzel es el artífice del gran éxito de "*Los viajes extraordinarios*" (62 novelas) y de la larga vigencia de la obra del autor que hizo su fortuna. Es probable, pero uno no puede evitar preguntarse a qué precio ni tratar de imaginar qué y cómo habría escrito Verne lejos de la férula de su celoso y abusivo mentor.

JOSÉ RAMÓN SAN JUAN

